

PORNOGRAMAS



ALEJANDRO JIMÉNEZ CID

PORNOGRAMAS

Musas atípicas y entrañables pervertidos



© Alejandro Jiménez Cid, 2018
© De la presente edición: Editorial Melusina, s.L.

www.melusina.com

Primera edición, febrero de 2018
Reservados todos los derechos

Corrección de galeras: Albert Fuentes
Fotocomposición: Carolina Hernández Terrazas

Ilustración de cubierta: Lisa Rose
Diseño de cubierta: Juan García

ISBN: 978-84-15373-56-8
DL: TF.1329-2017

Impresión: Estugraf s.L.
Impreso en España

CONTENIDO

Prólogo	9	
Lo que les gusta a los españoles		13
Pulsión, repulsión, revolución		15
Carne de presidio	19	
Historias de Filadelfia	23	
El candor de Bettie Page	27	
Tricofilia	31	
Mirada de mapache	35	
Esa maldita pared	39	
Los nuevos ricos	43	
Shamhat	47	
Para leer al Gato Fritz	51	
La muerte de Granero	55	
Fusiones	59	
Erotomecánica	63	
Las alegres esclavas de Gor	67	
El cuerpo de Cristo	71	
Amor libre, pero dentro de un orden		75
Madonna y los gordos	79	
No es para tantra	83	
Cuando Kenneth Anger salió del armario		87

Cine porno bien rimado	91	
El experimento de la doctora Boher		95
Carne y sintetizadores	99	
Querido coleccionista	103	
La obra maestra de Piastro	Cruiso	107
Participación ciudadana	III	
El cuchillo de Jodorowsky	115	
King Kong y yo	119	
A través de la pantalla	125	
La emperatriz	131	
Heidi en Tijuana	135	
Burdeles de Stroheim	139	
El buen yantar	149	
Una sogá en el agua	153	
Una morena y una rubia	157	
Raíz de mandrágora	161	
Putopía	165	
Falos de destrucción masiva		169
De diosas y gusanos	173	
Breve historia del <i>twerk</i>	179	
Qui potest capere, capiat	183	
Ni vírgenes ni suicidas	189	
La danza del vientre	195	
La vida de los objetos	213	
Índice onomástico	219	

Prólogo

Eso de «pornogramas» se lo robé a Roland Barthes. Como buen sofista, a Barthes le encantaba inventarse palabras: de cuando en cuando sus páginas nos escupen lindezas como «sociolectos encráticos y acráticos», «biografema», «semioclastia» o «logosfera». Hay mucho de pedantería gratuita en tanto neologismo, pero hay que reconocer que el de pornograma en particular está muy bien parido. En un tortuoso ensayo sobre Sade, Barthes define el pornograma como la abolición de las fronteras entre el discurso y el cuerpo, una fantasía semiótica en toda regla. A modo de ejemplo y paradigma de lo pornogramático, cita unas palabras de Eugénie, la protagonista de *La filosofía en el tocador*: «Estoy completamente desnuda: disertad sobre mí todo lo que queráis». Requisito para la erotización del cuerpo es su transformación en texto: una metamorfosis no menos milagrosa que la que se produce en sentido inverso, cuando, como nos dice el evangelista, «el verbo se hizo carne».

Cuando me propusieron colaborar en la edición electrónica del señero *Diario16*, quise hacerlo con una serie de artículos en torno a temas de erotismo, pornografía y comportamientos sexuales no convencionales, una miscelánea sobre la cultura del sexo y el sexo en la cultura. «Pornogramas» me pareció un título estupendo para la sección. Este libro reúne los textos publicados bajo este epígrafe entre 2015 y 2017. Los palos que toco en estos artículos son de lo más

variados, pero siempre y en todos ellos lo que persigo no es otra cosa que celebrar los misterios de la imaginación deseante en su gloriosa diversidad. Es mi forma de rendir tributo a un Eros travieso y triunfante, que juega a barnizar de deseo situaciones, personas y objetos día a día y haciendo de nuestras vidas algo más que un mero trámite en el camino de regreso a la inexistencia. Quíllice en mano y ya medio curda, nos recordaba Fedro en el *Banquete* que Eros es el más antiguo de los dioses. No subestiméis su poder.

Sé que siempre es un engorro para vosotros, lectores, toparos con el consabido párrafo de agradecimientos, pero os ruego encarecidamente que no os lo saltéis en reconocimiento a quienes han hecho posible este libro. En primer lugar, a Juan Carlos Sánchez, Beatriz Talegón y el equipo de redacción de *Diario16*, que me invitaron a iniciar esta aventura, que me dieron carta blanca para expresarme y que con tanto mimo han ido acogiendo, publicando y publicitando mis artículos en la procelosa selva dos punto cero. A quienes, dentro del no menos proceloso mundillo de los literatos, han creído en mi obra y me han prestado su apoyo, incondicional y desinteresadamente: Emilio Chavarría, Juan Ceyles, Rafael Ballesteros, Juan Francisco Ferré y Luis Alberto de Cuenca. A José Pons Bertran, piloto de Melusina, por creer en este proyecto desde el primer momento y hacerme un hueco en su catálogo. A los amigos y lectores fieles, que me han proporcionado material e ideas y en más de una ocasión me han cuestionado y corregido; son legión, pero quiero recordar a Mario García, submarinista sin par del *mondo bizarro*; Edgar Grau, asesor lingüístico; Elena Duce, que ha llevado los «Pornogramas» a las aulas de la universidad; y Arturo Mora, eficaz proveedor de fuentes inencontrables. Mención especial merecen mis padres, y en particular mi muy cinéfila mamá, que no me deja pasar una errata en lo que al séptimo arte se refiere; y, *last but not least*, mi compañera de viaje y mujer total, que ha concedido a este trabajo, a ratos tan políticamente incorrecto, el imprimátur desde la crítica feminista. Es para ti, Soraya.

PORNOGRAMAS

Lo que les gusta a los españoles

Desde muy antiguo, no pocos sabios y sabihondos han querido poner en relación el carácter de los pueblos con los condicionantes climáticos de las latitudes que habitan. En los esquemas mentales del ciudadano de a pie, estas teorías se han fosilizado como lugares comunes que, a día de hoy, tienen aún plena vigencia. Por eso la gente dice que los escandinavos son depresivos («claro, con el frío que hace...») o que los andaluces son holgazanes («claro, con el calor que hace...»). Hubo quien quiso llevar más lejos esto del determinismo geográfico y aplicarlo a las costumbres sexuales. Es el caso de Richard Burton, famoso aventurero decimonónico y traductor de *Las mil y una noches*. Burton delimitó en el globo terráqueo un cinturón de regiones cuya población masculina, según sus observaciones, es particularmente propensa a la homosexualidad. Esta «zona sotádica» (por el poeta helenístico Sótades, gran encomiasta de la sodomía) abarca toda la cuenca mediterránea, gran parte del mundo árabe y el continente americano. Climas templados que invitan a la molicie y, por lo que parece, predisponen los humores del macho a entrar en ebullición a la vista de las nalgas de un efebo.

Sobre la correspondencia entre el carácter de los pueblos y los gustos de alcoba tienen mucho que decir aquellos coños parlanchines cuya cháchara desinhibida llena las páginas de *Las joyas indiscretas*, la deliciosa novela de Diderot, clásico entre los clásicos de la

literatura libertina. Hombre de mundo, Diderot debía de estar muy bien informado sobre el repertorio de prácticas sexuales a lo largo y ancho de la Europa prerrevolucionaria, así que cabía esperar que algunos de los chascarrillos que compartía con sus amigos diplomáticos quedaran plasmados en su novela. Algunos capítulos de *Las joyas indiscretas* se leen, siempre en clave de chanza, como un instructivo atlas geográfico de parafilias. Este afán sistematizador no es nada extraño por parte de alguien para quien el enciclopedismo acabó convirtiéndose en tic. Pero a lo que vamos, que seguro que ya os muerde la curiosidad: ¿qué es lo que dice Diderot de los españoles? Pues veréis: asegura que «el incentivo más poderoso de una imaginación castellana» son los pies de las mujeres: «*Un petit pied sert de passeport à Madrid à la fille que tiene la más dilatada sima entre las piernas*» (en español en el original).

¿Y tenía razón Diderot? Vosotros juzgaréis. Yo simplemente voy a poner sobre la mesa dos ejemplos significativos. Para empezar, hace ya un par de décadas saltó a la cartelera española una película, *Enciende mi pasión* (José Miguel Ganga, 1994), con Miguel Bosé y una siempre estupenda Emma Suárez. La verdad es que el filme es un engendro *kitsch* a medio camino entre lo hitchcockiano y lo cañí, pero tiene el mérito de ser una de las rarísimas producciones en el circuito comercial internacional cuyo tema central es el fetichismo de los pies. Y quiero también llamaros la atención sobre uno de los pasajes más eróticos del *Quijote*, que es aquel en el que Cervantes se detiene a describir, con una minuciosidad sospechosa, cómo la bella Dorotea se lava los pies en el arroyo (primera parte, capítulo xxviii). Me sumo a las celebraciones del cuarto centenario representándome al manco de Lepanto con una incipiente erección presionándole la costura de las calzas mientras escribía aquella página a la luz del candil y dejaba que sus mientes se deleitaran en los pies «como dos pedazos de cristal» de su imaginada heroína pastoril.